

Tercera guerra mundial: 10 de agosto de 1984

¿APRETAMOS EL BOTÓN, TOVARICH?

WASHINGTON.—Es el 10 de agosto de 1984. En el Kremlin está instalado ya el nuevo equipo dirigente. Las largas disputas intestinas que siguieron a la muerte de Leónidas Brezhnev —el cual falleció mientras dormía, a finales de 1983— han desembocado en una confrontación directa entre dos facciones conocidas como *Mir* (Paz) y *Sil* (Fuerza) en el seno del Politburó. Este ya largo conflicto no ha sido jamás revelado públicamente, si bien representa el factor de división más importante en la política soviética desde el comienzo de la década de los sesenta.

Brezhnev encabezaba la facción Paz, la misma que ha sido ahora derrotada. El nuevo secretario general del Partido Comunista soviético es Vladimir Ivanov, sesenta y tres años, un hábil político que gobernó Ucrania durante varios años. El mundo exterior nada sabe acerca de los planes o de la política de Ivanov.

Sus proyectos son, en realidad, amenazadores. El programa secreto en que se apoyó Ivanov en su lucha por el liderazgo no puede ser más simple. Ha llegado la hora de una confrontación definitiva con los imperialistas, afirma el nuevo amo del Kremlin. La economía soviética va mal, en opinión de Ivanov: el petróleo se acaba, la gente está inquieta y hambrienta de objetos de consumo; las nacionalidades no rusas amenazan con la rebelión.

Sin embargo, es aún más grave la ira de los jefes del Ejército Rojo ante los últimos acontecimientos en el campo imperialista —el nuevo misil MX, el estacionamiento en Europa de nuevos misiles balísticos y con motor de crucero, todos los cuales apuntan a la patria del socialismo— y otros sucesos similares. Puede ser nuestra última oportunidad de ganar la confrontación definitiva, de ahí que debamos actuar ahora. Esos fueron los argumentos de Ivanov y sus colegas, que triunfaron sobre los de los demás.

Después de tomar el poder, Ivanov convocó al equipo de siete hombres encabezados por el coronel Lev Perlshtein, que había sido durante largo tiempo responsable del pensamiento estratégico más complejo de la URSS. Ivanov pidió a Perlshtein y su grupo que llevase a cabo rápidamente un estudio de cómo la URSS podía iniciar y ganar una confrontación nuclear con el campo capitalista. Ivanov le dijo a Perlshtein que estaba especialmente interesado en la llamada "ventana de vulnerabilidad", concepto sobre el que había leído algo en las traducciones privadas

Esta historia es imaginaria, aunque los detalles técnicos están basados en amplias investigaciones de Walter Pincus y Robert G. Kaiser, de *The Washington Post*. Pincus es un periodista especializado en armas nucleares; en 1978 ganó el premio George Polk por sus artículos sobre ese tema. Kaiser, corresponsal en Moscú desde 1971 hasta 1974, cubre en la actualidad el debate sobre las SALT-II.

WALTER PINCUS Y ROBERT G. KAISER

que el Politburó venía haciendo de diversas publicaciones norteamericanas.

En esta calurosa tarde de agosto, Perlshtein convocó a su grupo en una de las salas del Kremlin, cuatro pisos por debajo del nivel del suelo. Todos sus colaboradores estaban presentes, incluido Vladimir Kuznetsov, un "aparatchik" que había trabajado casi veinte años en temas estratégicos como miembro de la Secretaría del Comité Central. Perlshtein estaba especialmente orgulloso de Kuznetsov, que era su propio abogado del diablo, un hombre versado en ciencia estratégica cuyo cometido consistía en rebatir cualquier acción que el propio coronel pudiera proponer como materia de discusión.

Ivanov estaba excitado y un tanto nervioso por ese encuentro. Excitado porque esperaba realmente que Perlshtein pudiese elaborar un plan realizable. Nervioso porque, aunque había ganado la lucha por el poder, la facción "Paz" estaba todavía bastante bien representada en el Buró Político, y no estaba seguro de poder ganarse a la mayoría para una línea de acción agresiva. Ese día había invitado sólo a cuatro colegas a la sala donde iba a celebrarse la sesión de trabajo —cuatro hombres que le eran totalmente fieles, aunque sólo uno de ellos, el mariscal Nikolai Antonov, su nuevo ministro de Defensa, fuese un experto en asuntos estratégicos—.

Los otros tres eran antiguos secretarios regionales del Partido, como Ivanov, a los que había traído a Moscú en los últimos meses: Fiodr Tropeotkin, de Leningrado; Alexei Stepanov, de Minsk; Arjil Shevshadze, de Tiflis. Todos ellos eran inteligentes y duros y todos habían ayudado a auparlo al poder.

Comienzan las instrucciones

La sala estaba fresca, en contraste con la temperatura que reinaba en la plaza Roja, aquella soleada tarde de verano. Perlshtein y su grupo estaban sentados a un lado de la larga mesa de reuniones cubierta por un mantel de fieltro verde y sobre la que había alineadas botellas de agua mineral de Narzan. Ivanov hizo a Perlshtein una señal con la cabeza para que comenzasen las instrucciones. Perlshtein habló así:

—Antes de nada, una advertencia, camaradas. Nos habéis encomendado una tarea sin precedentes. Ninguna potencia ha empleado jamás armas termonucleares, si exceptuamos el bombardeo imperialista del Japón, con el que todos estáis familiarizados. El ataque sugerido por el secretario general exigirá el lanzamiento simultáneo de trescientos cincuenta de nuestros cohetes, hecho sin precedentes.

"Sin embargo —continuó Perlshtein—, el camarada Ivanov nos ha indicado que proyecta seguir precisamente ese curso. Trataré de presentarles nuestras mejores ideas sobre la manera de llevarlo a cabo. Nos sirve de aliciente la abundante literatura americana sobre este tema, y en especial los análisis de los máximos halcones imperialistas, que están obviamente convencidos de que podríamos ganarles en un ataque por sorpresa.

"Permitidme añadir —siguió Perlshtein— que como habitualmente ocurre, el camarada Kuznetsov está en desacuerdo conmigo. Expondrá el porqué después de que yo me haya despedido.

"Quisiera subrayar nuestro análisis de cómo podría lanzarse un ataque por sorpresa contra el campo imperialista. En primer lugar, hemos de golpear sin provocación previa, aprovechar un momento en que los imperialistas crean que nuestras relaciones descansan sobre una base firme y pacífica. Sería aconsejable elegir el momento en que el ballet Bolshoi o el circo de Moscú esté de gira por los Estados Unidos.

"Nadie debe sospechar mínimamente lo que tramamos. Hay que tener en cuenta que nos observan intensamente por satélite y que interceptan también continuamente nuestras comunicaciones. ¿Acaso necesito recordaros las comprometedoras revelaciones que la prensa imperialista hizo unos años atrás de ciertas conversaciones mantenidas por el camarada Brezhnev a través del teléfono de su automóvil particular camino de su dacha?



del diablo, interrumpió tranquilamente a su jefe. "Una puntualización informativa —dijo—. Para impedir que los americanos entren en estado de alerta, nosotros tampoco podemos llegar a esa fase. Debemos dejar en sus puertos, donde están normalmente, al ochenta por ciento de nuestros submarinos. No podemos desplazar ningún bombardero, ni siquiera nuestros "Backfires", de sus bases habituales ni modificar sus rumbos. No podemos evacuar a ningún civil. Ni siquiera los cuadros dirigentes vamos a poder utilizar los refugios antiatómicos construidos para nosotros".

—Dè acuerdo —dijo Perlshtein—. Pero el factor sorpresa sigue estando a nuestro favor. El objetivo de este ataque consistiría en eliminar los misiles norteamericanos con base en tierra y todos los submarinos portadores de misiles y bombarderos que no estuviesen en estado de alerta en el momento en que nosotros lanzásemos nuestro ataque.

"Para ello, proponemos lanzar entre trescientos cincuenta y cuatrocientos de nuestros mejores cohetes de largo alcance, doscientos RS 20 —que los americanos llaman SS 18— y entre ciento cincuenta y doscientos RS 18 —conocido por ellos como el SS 19—. Todos estos misiles llevarían un total de entre dos mil cuatrocientos cincuenta y dos mil ochocientas cabezas atómicas, cada una de ellas con una potencia explosiva de más de quinientas mil toneladas de TNT. Esto nos permitiría dirigir dos cabezas nucleares de dos cohetes distintos a cada uno de los mil cincuenta y cuatro silos de misiles norteamericanos y nos dejarían además un cómodo margen para compensar posibles fallos en los disparos y atacar las bases de submarinos y bombarderos.

Necesidad de precisión

—¿Qué es eso de los fallos? —preguntó Ivanov una vez que Perlshtein hubo completado su descripción del ataque. Su pregunta provocó una observación del mariscal Antonov.

—Camarada Perlshtein —dijo Antonov—, creo que usted debería referirse a algunos de los desafíos técnicos que entraña una operación de ese tipo.

—A eso iba —replicó rápidamente Perlshtein—. Como señalé al principio, se nos ha pedido que esbochemos un ataque que nadie ha intentado jamás realizar. Por su naturaleza no es algo con lo que podamos experimentar. Así que tendremos que hacer frente a cierto número de "desafíos técnicos" singulares, para utilizar la expresión que empleó antes el mariscal Antonov. Permítidme señalar los principales.

"Para que pueda tener éxito, nuestro ataque debe ser cronometrado con una precisión que ni los americanos ni nosotros mismos hemos intentado nunca. Nuestras cabezas atómicas deben llegar con sólo segundos de diferencia unas de otras —para ser más precisos, con una diferencia de entre veinte y

Debemos partir, pues, de la base de que hay agentes capitalistas estratégicamente colocados a lo largo y ancho de nuestro país, aunque confiamos en que no haya ninguno en la cadena del mando estratégico de nuestras fuerzas de misiles estratégicos.

Amenaza de misiles

"Nuestro primer objetivo será evitar que Norteamérica declare un estado de alerta. Sin alerta, tenemos muchas posibilidades de destruir todos sus misiles "Minuteman" y "Titan", la mitad, como mínimo, de sus submarinos portadores de misiles y más de la mitad de sus bombarderos, a los que golpearíamos por sorpresa en los puertos o aeropuertos.

"Hagamos lo que hagamos, debemos tener en cuenta que la política agresiva norteamericana lleva a ese país, incluso en tiempos

de paz, a mantener en estado de alerta más fuerzas estratégicas —misiles, submarinos y bombarderos— que nosotros. Por ejemplo, creemos que más de cien de sus bombarderos pueden despegar de sus bases en dirección a nuestra patria en un plazo de entre quince y treinta minutos después de recibida la orden correspondiente.

"Incluso sin una orden presidencial, los temerarios jefes del Mando Estratégico del Aire pueden más que duplicar este número, elevando el nivel de alerta. Y los jefes de la Marina de Guerra americana pueden hacer otro tanto con los submarinos portadores de misiles estratégicos. En tiempos de paz, calculamos que los americanos tienen normalmente distribuidos por los mares trescientos cincuenta misiles, provistos de un total de tres mil cabezas nucleares. Pero esa cifra aumentaría sensiblemente tan pronto como se diese la oportuna alarma.

En este momento, Kuznetsov, el abogado

¿APRETAMOS EL BOTON, TOVARICH?

cuarenta segundos— a los blancos elegidos, cada uno de los cuales está a unos diez mil kilómetros de nuestros propios silos para misiles. A fin de garantizar la destrucción de cada silo atacado, las explosiones deben ser dos: una, a ras de suelo; la otra, a varios cientos de metros de altura. Si las cabezas nucleares llegan a su blanco con una diferencia de tiempo superior a los veinte segundos unas de otras, la explosión primera seguramente neutralizará a la segunda.

"Para conseguir semejante precisión en el disparo, el lanzamiento de cada uno de nuestros cohetes deberá realizarse en el momento exacto. Cada misil, y cada cabeza nuclear, deberá seguir una ruta concreta y cubrir una determinada distancia. Como sabéis, nuestros misiles están instalados en silos distribuidos a lo largo de mil seiscientos kilómetros. Naturalmente, los sistemas de comunicación que habrá que manejar en el lanzamiento de los centenares de cohetes implicados en esta maniobra, deberán ser perfeccionados.

Ivanov dio de nuevo un respingo. "¿Qué ha ocurrido en ocasiones anteriores en que nuestro pueblo ha intentado algo semejante?"

—Nunca hemos intentado nada parecido —replicó Perlshtein—. Pero tenemos una ventaja sobre los americanos en este terreno. Hemos probado nuestros misiles y sabemos cómo funcionarán en un ataque real.

—¿Cuántos hemos probado a la vez? —preguntó Ivanov.

—Generalmente, sólo uno.

—Pero, ¿qué hay de los fallos de que usted ha hablado? —preguntó Ivanov.

—Ese es otro asunto —contestó Perlshtein—. Sabemos por experiencia que algunos cohetes no se encenderán, se apartarán del rumbo marcado o no se dispararán a tiempo. Por eso, lanzaremos más cohetes de los que juzgamos necesarios. Un margen de seguridad, si queréis llamarlo así.

—Otra precisión —interrumpió Kuznetsov—. El coronel Perlshtein os ha dicho que algunos cohetes —que calculamos, dicho sea de paso, en un diez por ciento del total— errarán el blanco total o parcialmente. Ahora bien, por desgracia no podemos predecir qué cohetes serán esos. Por lo tanto, tampoco sabremos qué blancos no serán alcanzados y cuáles lo serán sólo parcialmente, así que no sabremos a dónde dirigir ese número extra de misiles que nos ofrecerán ese margen de seguridad. En resumen, hay que reconocer que fallaremos un cierto número de disparos.

—Gracias, camarada —observó Perlshtein—. Déjame ahora continuar.

El margen de error

"Obviamente, nuestro ataque debe tener como base la hipótesis de que nuestros cohetes y nuestras cabezas nucleares son tan precisos como las mejores armas norteamericanas. Creemos que es así. Como nuestras

cabezas nucleares son mayores que las de los americanos, podemos confiar en que su capacidad explosiva y destructora será enorme. Creemos poder en este momento alcanzar cualquier blanco en los Estados Unidos con un margen de error de trescientos metros.

"Antes de que el camarada Kuznetsov nos ofrezca alguna otra aclaración, permitidme explicaros algo relativo a la precisión de nuestros cohetes. Esto es algo que ni siquiera los norteamericanos han discutido jamás en público, aunque según nuestros servicios de inteligencia, para referirse a la misma, hablan de "bias", de sesgo.

"Como seguramente sabéis algunos de vosotros, en las pruebas que hemos realizado con nuestros cohetes, hemos tenido alguna dificultad para dar en el blanco, especialmente en las primeras fases. Nuestros matemáticos nos han explicado que ello se debe a ciertas anomalías geodésicas que pueden desviar la trayectoria de un cohete o de una cabeza nuclear. Esto significa que no da lo mismo que la trayectoria pase por encima de una cadena de montañas donde abundan los yacimientos de mineral que el cohete sobrevuele aguas oceánicas, por ejemplo. Recordaréis que la tierra no es una esfera perfecta, realidad ésta que también puede influir en la trayectoria de nuestros vehículos estratégicos.

"Hemos tratado de compensar esas posibles desviaciones ajustando los mecanismos correspondientes. Cuando disparamos nuestros cohetes en dirección de Oeste a Este, podemos estar seguros de alcanzar los blancos con la precisión prevista. Ahora bien, algunos pesimistas entre nuestros científicos creen que cuando disparemos nuestros misiles vía el Polo Norte para alcanzar ciertos blancos en Norteamérica, descubriremos que nuestros cálculos resultan fallidos, que una serie de nuevos factores que no hemos podido experimentar desviarán a los misiles de su trayectoria. Está claro que son hipótesis que no podemos verificar, sin embargo.

—¿Y qué dicen los optimistas? —preguntó Ivanov.

—Los optimistas no creen que las posibles desviaciones sean relevantes. Piensan además que la gran capacidad explosiva de nuestras cabezas nucleares servirá para compensar posibles errores —dijo Perlshtein.

—Otra precisión —interrumpió nuevamente Kuznetsov—. Creo que los americanos usan la palabra "bias" precisamente porque se trata de un factor irracional, impredecible. Al final, nuestros matemáticos no pudieron explicar el error constante y consistente en nuestros sistemas de dirección de tiro revelados por nuestros vuelos. Hemos hecho una rectificación arbitraria en los mismos. No sabemos con exactitud por qué siempre fallábamos el tiro.

Este diálogo suscitó el primer comentario de Trepotkin, ex jefe de la sección leningra-

dense del partido. Si hubiese tenido el don de la candidez, Trepotkin habría admitido a estas alturas de la reunión que todo lo que allí se estaba diciendo resultaba cuando menos sorprendente. Pero se limitó a hacer una pregunta a Perlshtein:

—No estoy seguro de entender lo que aquí se debate. ¿Acaso está diciéndonos el camarada Kuznetsov que no podremos dar en todos los blancos?

—No, no —replicó Perlshtein—. Lo que dice el camarada Kuznetsov es que existe alguna posibilidad —alguna posibilidad que no podemos medir—, de que no todas nuestras cabezas atómicas den en el blanco.

—Podríamos marrar el golpe —murmuró Kuznetsov. Perlshtein no le hizo siquiera caso.

—Hablando de blancos —comentó Antonov—, tal vez debiéramos discutir lo que están haciendo los americanos para proteger sus silos de misiles.

Tiempo de reacción

—A eso iba —replicó Perlshtein—. Los americanos han completado recientemente lo que llaman el endurecimiento de sus silos para misiles "Minuteman". Ello implica la construcción de una gruesa barrera de hormigón y acero en torno a cada silo. Los americanos afirman que esos silos pueden resistir presiones de hasta dos mil libras por pulgada cuadrada, para utilizar su sistema de medidas. Si esto es cierto, significa que, para destruir los misiles, el disparo debe ser de una precisión casi absoluta. Desgraciadamente, el tratado sobre prohibición de pruebas nucleares nos impide —e impide también a los americanos— saber con exactitud qué capacidad de resistencia tienen realmente esos silos. No podemos probar un silo real con una bomba igualmente real en condiciones normales. Es posible que su resistencia sea la mitad de lo que pensamos.

—O el doble —observó Kuznetsov.

—Permitidme continuar —dijo Perlshtein—. Desde luego que nuestro ataque no va a producirse en una campana de vacío. Hemos estudiado también el entorno político. Y hemos tratado de analizar en concreto la posible reacción del Presidente norteamericano.

"Nuestra conclusión es que los satélites americanos detectarán nuestra primera barrera de cien o más cohetes tan pronto como sean lanzados éstos. Los detectores infrarrojos para satélites, que circulan por el espacio a una altura de unos cuarenta mil kilómetros por encima de nuestro territorio, proporcionarán a la Casa Blanca esa información. Y no podemos eliminar esos satélites. Esa información llegará a la Casa Blanca a través de canales militares, y suponemos que le llegará al Presidente casi instantáneamente. Pero, como ha observado el doctor Kissinger, entre otros, es posible que no se localice de modo inmediato al Presidente.



"El objetivo de este ataque consistiría en eliminar los misiles norteamericanos emplazados en tierra y todos los submarinos portacohetes, así como los bombarderos..."

"Supongamos que éste tuviese noticia del ataque a los pocos minutos de producirse. Su primera reacción será poner en duda el informe, porque no habrá habido provocación norteamericana que lo justifique. Por esa misma razón, los propios militares americanos podrían retener también la información antes de pasársela al Presidente. Ahora bien, esta confusión inicial no debería durar más de cinco minutos, ya que los americanos detectarían entonces nuestras barreras segunda y tercera, y su radar confirmará lo que ya les habían comunicado sus satélites.

"Como sabéis, el Presidente es la única persona que puede ordenar un ataque nuclear. Pero suponemos que consultaría con sus ministros y tal vez incluso con algunos miembros del Congreso. También tendría que coger rápidamente el avión preparado para su empleo como puesto de mando durante un ataque. Creemos también que el Presidente trataría de ponerse en contacto contigo, camarada Ivanov, a través del teléfono rojo. Los silos situados en la parte Sur del país estarían ya destruidos —eso esperamos al menos— para cuando el Presidente se percatase realmente de lo sucedido. Hablo de

un espacio de tiempo de unos treinta minutos a partir del primer lanzamiento.

Momento crucial

"Ese es el momento crucial. Según nuestros cálculos, serán precisos otros treinta minutos para completar nuestro ataque. El Presidente se dará cuenta entonces de la velocidad de nuestra acción. También se percatará de que hemos evitado el atacar cualquier ciudad importante, incluida Washington. Los americanos han hecho estudios sobre este tipo de ataques y han llegado a la conclusión de que causaría pequeñas pérdidas: diez millones de personas tal vez; acaso veinte millones.

Ivanov se estremeció al escuchar esta última observación. Se acordó de la Gran Guerra Patria (la segunda guerra mundial), cuando la Unión Soviética fue prácticamente devastada y en la que murieron 20 millones de personas. "¿Dices que 20 millones de muertos es una pérdida pequeña?", preguntó.

—Únicamente si hablamos de guerras nucleares —replicó Perlshtein—. Calculamos

que, si atacésemos directamente a la población americana, podríamos fácilmente matar a ciento cincuenta millones de personas. El Presidente tampoco lo ignora. Lo considerará también como un ataque sin importancia.

"Pero continuemos. El Presidente tendrá que comprender que, si contraataca con las fuerzas que le quedan —una parte de los bombarderos, así como los misiles instalados en submarinos—, habrá de recurrir a casi todas sus armas y sólo podrá atacar nuestras ciudades y nuestra industria. Sin cohetes con base en tierra, no dispondrá de armas de suficiente precisión para disparar contra nuestros blancos militares.

"Es una terrible opción para el Presidente. Si adopta esa decisión, sabe que nosotros podemos tomar represalias, y nuestros dos países quedarán totalmente destruidos. Pero si se resiste y trata de negociar, podrá salvar a su país e incluso salvar al mundo. Los presidentes americanos son unos idealistas. Creemos que al final optará por la negociación, lo que podrá equivaler a una rendición. Y, me permito añadir que eso es justamente lo que han predicho muchísimos expertos americanos.

¿APRETAMOS EL BOTON, TOVARICH?

Respuesta soviética

—Decimos que optará por la negociación —interrumpió Kuznetsov—, porque nos conviene que así sea. En caso contrario, fracasaría nuestro ataque. Si el Presidente decidiese tomar represalias, perderíamos nuestro país.

—Sí, sí —replicó Perlshtein—. Es una posibilidad hipotética.

Perlshtein dejó su bloc sobre la mesa, abrió una botella de Narzan y llenó su vaso de agua burbujeante.

Mientras Perlshtein echaba un trago, Antonov garabateó algo en un papel, que luego pasó a Ivanov. El secretario general leyó la nota y se la entregó a Perlshtein. "Quisiera que el mariscal Antonov hiciera algunas preguntas. ¿Mariscal?".

—Antes de nada, quisiera decir que el coronel Perlshtein ha estado tan bien como siempre en sus explicaciones. Me gustaría, no obstante, formular algunas preguntas. En primer lugar, coronel, si detectásemos un ataque americano dirigido contra nuestros silos de misiles, lo primero que haríamos sería lanzar nuestros cohetes de tal forma que éstos se hallasen ya en sus silos cuando llegaran las cabezas nucleares. ¿Por qué los americanos no habrían de hacer lo mismo? Sé que sus especialistas han escrito sobre esta idea bautizándola como "lanzamiento bajo un ataque". Recuerdo que mi amigo Harold Brown amenazaba precisamente con eso.

—Me alegro de que hayáis suscitado precisamente ese punto —replicó Perlshtein—. Nuestra gente duda de que los americanos estén lo suficientemente bien organizados para llevar a cabo ese tipo de lanzamientos bajo un ataque. Recordad que los cogemos por sorpresa. Aunque admito que han escrito y hablado sobre esa posibilidad, no veo ningún signo de que lo hayan adoptado como estrategia.

—Pero admitamos —dijo Antonov— que comenzasen a lanzar sus misiles después de que nuestros primeros cohetes hubiesen llegado a sus blancos. ¿No podrían ellos disparar la mitad de sus cohetes con base en tierra antes de que a nosotros nos diese tiempo a destruirlos?

—Es una posibilidad hipotética —replicó Perlshtein.

—Otro asunto —dijo Antonov—, ¿qué ocurre durante este ataque con los bombarderos norteamericanos en Europa y los que van a bordo de sus portaaviones? ¿Acaso ignoramos que por lo menos doscientos de esos bombarderos están dotados de un sistema de alerta capaz de hacerlos despegar de sus bases en un máximo de quince minutos y que sus armas nucleares podrían caer sobre nuestra patria en menos de una hora?

—Tenemos dos opciones —replicó Perlshtein—. Podríamos disparar nuestros misiles de alcance medio contra esos bombarderos y aniquilarlos al mismo tiempo que lanzamos nuestro ataque sobre los misiles americanos.

Pero esto causaría una enorme destrucción en la Europa Occidental. Así es que hemos rechazado esa idea. No, partimos de la hipótesis de que el Presidente se mostraría tan reacio a emplear esas armas como las demás.

—¿Cuántos misiles americanos podrían sobrevivir a nuestro ataque? —preguntó Antonov—. Por lo que se dijo antes, incluso en el caso de que nuestro ataque fuera bien, erraríamos un diez por ciento de los disparos. Lo que equivale a unos cien misiles. ¿No es eso?

—Exactamente —respondió Perlshtein.

—¿Y cómo se llegó a esa cifra?

—Es una probabilidad matemática, mariscal. Nuestra gente dice que es el índice de fallos que podríamos esperar.

—¿Por qué un diez por ciento, y no un veinte por ciento o un treinta por ciento?

—Realmente no sabría contestar, mariscal. Es una simple conjetura.

—Dijisteis que algunos bombarderos americanos lograrían despegar antes de que pudiésemos destruirlos en tierra. ¿No habrá entre esos bombarderos algunos de la nueva serie, capaces de transportar hasta veinte misiles con motor de crucero y altísima precisión? ¿No llevarían bombas potentes? ¿Qué les ocurriría?

—También en ese caso, mariscal, confiaríamos en que el Presidente optase por no recurrir a esas armas —replicó Perlshtein.

—También habría que confiar en que no existiese ningún doctor Extraño-amor. ¿No se llamaba así el personaje de aquella película ("Teléfono rojo. Volamos hacia Moscú")? —interpuso Kuznetsov—. Quiero decir que habría que confiar en que ninguno de los pilotos americanos decidiese a título individual tomar represalias contra la URSS.

—Los americanos suelen obedecer las órdenes que reciben —replicó Perlshtein.

—Lo mismo habría que preguntar en relación con los submarinos americanos. También se ha dicho aquí, creo recordar, que durante y después de nuestro ataque, habría más de veinte submarinos escondidos en las aguas de los distintos mares, con más de tres mil cabezas nucleares en total.

—Lo mismo digo —respondió Perlshtein—. Habría que confiar en que el Presidente no los utilizase.

Las consecuencias de la guerra

Perlshtein se sentó y abrió otra botella de Narzan, al mismo tiempo que hacía con la cabeza un gesto afirmativo dirigido a Kuznetsov. Este captó la señal, barajó sus notas y comenzó a hablar.

—Es mi cometido, camaradas, rebatir los puntos débiles en la argumentación que acabáis de escuchar. Francamente, no creo que sean necesarios ulteriores argumentos en contra de esa idea, pero permitidme en cual-

quier caso añadir uno o dos puntos nuevos, para después resumir lo que el mariscal Antonov ha calificado de desafíos técnicos.

"Todos nosotros estamos familiarizados con las consecuencias de la guerra convencional para un país. El secretario general se ha referido antes a los sufrimientos de nuestra patria hace cuarenta años, de los que todavía nos estamos recuperando. Quisiera recordar al grupo que hablamos de algo muy distinto. Algo que yo puedo discutir, creo, con conocimiento de causa. Obedeciendo instrucciones del camarada Jruschov, estuve presente en la explosión, en julio de mil novecientos sesenta y dos, de la mayor bomba de hidrógeno que ha estallado nunca: creo que fue de cincuenta megatones. Os aseguro que nada de lo que hicieron los nazis a nuestra patria puede compararse con aquella explosión. Y el 'ataque menor' que ha esbozado el camarada Perlshtein, implica explosiones equivalentes a unos mil trescientos cincuenta megatones en el corazón mismo de los Estados Unidos.

"He preguntado en la Academia de Ciencias: ¿Sabemos qué efectos puede tener un ataque tan poderoso? No me refiero a las consecuencias militares, sino al impacto sobre la tierra, el aire, la atmósfera, y naturalmente, la población. La respuesta de los científicos es que sólo disponemos de teorías, pero no existe ninguna certeza. No sabemos si resquebrajaría la superficie terrestre o causaría daños permanentes en la ionosfera o envenenaría toda la atmósfera terrestre.

"Me refiero a aquellas consecuencias que podrían afectar a nuestra población —hago, gustoso, abstracción de las consecuencias que ello tendría para los Estados Unidos—. El camarada Perlshtein parte del supuesto de que, ante esa destrucción a gran escala, el Presidente norteamericano reaccionaría precisamente no haciendo nada. Esa no fue nuestra reacción ante la devastación de nuestro país por los nazis. No creo que sea lícito pensar que sólo los rusos son capaces de reaccionar así ante la destrucción de su patria.

"Permitidme de paso otra observación. El camarada Perlshtein ha descrito un ataque al 'corazón' de América. El llamado 'corazón de América' es, como sabéis, la extensa zona que produce las grandes cosechas de cereales. De esas cosechas hemos dependido para nuestra alimentación durante años. En la Academia de Ciencias me informaron de ciertas averiguaciones norteamericanas relativas al nivel de reactividad en las zonas del Pacífico Sur donde, hace treinta años, aquel país realizó una serie de pruebas nucleares. A esa distancia en el tiempo de unas explosiones mucho menos devastadoras que las propuestas por el camarada Perlshtein, la tierra sigue estando tan envenenada que los alimentos producidos llegan a niveles de radiación inaceptables.

Hipótesis atacadas

"Pero se trata en cualquier caso de asuntos hipotéticos sobre los que hasta los mejo-



“Sí, camarada Ivanov. Podemos efectivamente recurrir a esa amenaza, pero creo que debemos ser honrados con nosotros mismos y tomar conciencia de la imposibilidad de cumplirla...”

res científicos pueden mostrarse en desacuerdo. A mí, personalmente, me preocupan más los desafíos técnicos. Francamente, no sé cómo podríamos superarlos. Y añadiré que tampoco veo cómo podrían hacerlo los norteamericanos.

“Voy a referirme a ellos brevemente. El camarada Perlshtein nos pide considerar la posibilidad de un ataque que exigiría la sincronización perfecta de un sistema de mando que nunca ha sido probado. El nivel de fiabilidad de nuestros cohetes habría de ser altísimo. Ahora bien, hay que tener en cuenta que en su mayoría llevan años esperando en sus correspondientes silos, y sin que por lo tanto hayan sido sometidos a prueba. Necesitaríamos lanzar salvas de cohetes, pero jamás hemos experimentado con esas salvas. La precisión exigida depende de una serie de fórmulas matemáticas que no han sido puestas a prueba, y lo único que sabemos a ciencia cierta es que el magnetismo de la tierra y la atmósfera tendrán efectos imprevisibles sobre las trayectorias de los misiles. Habría que saber también cómo ha protegido Norteamérica sus silos, y ése no es tampoco el caso. Habría que poder predecir el efecto de una explosión termonuclear sobre una segunda cabeza atómica dirigida contra el mismo blanco; y, lo que me parece más importante, damos ligeramente por supuesto que el Presidente norteamericano no reaccionará: esto es, no hará nada con el enorme arsenal que seguiría teniendo en su poder después de

nuestro ataque. Además, suponemos también que no sólo no hará nada el Presidente, sino que los temerarios militares americanos se limitarán a obedecer sus órdenes.

“Claro está que puedo equivocarme. Es también posible que el Presidente americano no haga nada. Pero, como herederos de Lenin y dirigentes de la Patria soviética, hemos de afrontar también el problema desde el punto de vista opuesto. ¿Y si nuestra operación resultara equivocada? ¿Cuáles serían las consecuencias si, en lugar de no hacer nada, el Presidente optase por una respuesta global?”

“Los americanos podrían lanzar numerosos misiles desde sus bases de tierra durante nuestro ataque inicial, y éstos solos podrían destruir nuestra civilización industrial o buena parte de nuestros propios misiles. Sus misiles lanzados desde submarinos y sus bombarderos podrían seguir golpeándonos durante horas y aún días, con lo que aniquilarían a la mayor parte de nuestra población. ¿Qué habríamos ganado al final? Ambos países llegarían a quedar seguramente arrasados.

En la prensa americana

Esta vez fue Kuznetsov quien abrió una botella de Narzan. Perlshtein aprovechó la pausa para hablar de nuevo:

—Camaradas, tened en cuenta que las propuestas que me atribuye el camarada Kuznetsov no son en realidad ideas mías. Yo vine aquí hoy cumpliendo instrucciones para presentar un plan hipotético. Todo esto tiene su origen en una serie de artículos que el secretario general ha leído en la prensa norteamericana. Los americanos siempre han estado pregonando este tipo de propuestas: los generales americanos, los guerreros fríos de ese país.

“Como puede confirmaros el mariscal Antonov, nuestros militares nunca han hecho hincapié en estas ideas. Francamente, no estoy preparado para responder a todos los argumentos de Kuznetsov. He buscado argumentos parecidos en la literatura norteamericana especializada, pero sin encontrarlos. Los americanos no han puesto en tela de juicio la idea de su propia vulnerabilidad con la fuerza con que lo ha hecho el camarada Kuznetsov.

El secretario general Ivanov no manifestó su personal desilusión con el curso que había tomado aquella reunión. Se limitó a preguntarle a Perlshtein:

—Supongamos que tenéis razón, que no podemos permitirnos los riesgos que entraña semejante aventura. Ahora bien, ¿no podríamos explotar en provecho propio la creencia de los propios americanos en esta teoría? ¿No podríamos utilizar la amenaza de un posible ataque como medio de conseguir otros objetivos importantes?”

Perlshtein se ofreció a responder: “Sí, camarada Ivanov. Podemos efectivamente recurrir a esa amenaza, pero creo que debemos ser honrados con nosotros mismos y tomar conciencia de la imposibilidad de cumplirla. Lo que significa que no podemos invocarla para tratar de defender nuestros intereses básicos. Podríamos invocarla —aunque sin decir nada— en zonas como Angola o Etiopía”.

Kuznetsov intervino: “Quisiera recordaros que conseguimos nuestros objetivos en Angola y Etiopía en un momento en que no disfrutábamos de esa ‘ventaja’ teórica. Conseguimos nuestros objetivos en Berlín en 1961, cuando eran los americanos los que disponían de esa ‘superioridad’”.

—Bien —dijo finalmente Ivanov—. Nosotros sabemos al menos que tenemos esa baza para jugar en caso de crisis, si es que nos vemos atrapados, por ejemplo, en un enfrentamiento con los americanos en el Oriente Medio.

—No lo creo —replicó Kuznetsov—. En caso de una crisis real, los americanos estarían en estado de alerta. Perderíamos así el factor sorpresa. Nuestro ataque no sería tan eficaz como el esbozado por el coronel Perlshtein.

Después de esto, la sala se quedó en silencio. Ivanov no dejó traslucir su turbación al dar secamente las gracias a quienes habían intervenido en la reunión. Mientras salían todos, Ivanov se dirigió a Antonov: “Espero que la próxima semana esté todo dispuesto para la reunión en que se discutirán los lasers en general y las armas a base de partículas de alta energía”, dijo. ■ W. P. y R. G. K., Copyright “Los Angeles Times”, “The Washington Post” y TRIUNFO, 1979. Ilustraciones: RICARDO ZAMORANO.